

JACQUES LECLERCQ

**LA ALEGRÍA
DE ENVEJECER**

SEXTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2005

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo la edición castellana María Teresa Herrera sobre el original francés *Joie de vieillir*

© Editions Universitaires, Paris 1967

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1969

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-0271-X

Depósito legal: S. 297-2005

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2005

Envejecer.

Confesárselo uno mismo y decirlo muy alto,
no para oír protestar a los amigos
sino para conformar con ellos los gustos
y prohibirse lo que aún la víspera se creía permitido.

Dedicarse en silencio a preparar la marcha,
rezar y hacer un poco de bien en derredor suyo;
y sin descuidar el cuerpo, ocuparse del alma...

Poema anónimo del siglo XVI

¡Llegó la noche!
Ten piedad del hombre, Señor,
ahora que, habiendo concluido su tarea,
se pone ante ti,
como un niño al que le miran las manos.

Las mías están limpias.
¡Acabé mi jornada!
He sembrado el trigo y lo he recogido,
y en este pan que he amasado
han comulgado todos mis hijos.

Ahora, he concluido.
¡Vivo en el quicio de la muerte
y una alegría inexplicable me embarga!

Paul Claudel, *La anunciación a María*

VIEJO

No se ama la vejez ni se quiere a los viejos. Y, sin embargo, desde otros puntos de vista nunca se ha ocupado el mundo más de ellos. Incluso en nuestros días ha aparecido una ciencia nueva, la geriatría, dedicada a todo aquello que tiene que ver con la vejez.

Al mundo le preocupan los viejos; mas todo lo que se hace por ellos está basado implícitamente en la idea de que envejecer es triste. Tratamos de mantenerlos jóvenes, de distraerlos, pero tales iniciativas son excepciones que se encuentran al margen de la gran corriente de la vida. Dicha corriente pertenece a los jóvenes.

Es verdad que cada día nos ocupamos más de los viejos, pero también más de los jóvenes; uno de los polos de atención son los *adolescentes*, los que tienen entre diez y veinte años. Y nos ocupamos de los niños, de los discapacitados, de los delincuentes. Incluso juzgar de nuevo a antiguos presos es uno de los problemas de nuestro tiempo. ¡Nos ocupamos de todo el mundo! Es típico de nuestra sociedad; nos preocupan todos y de una manera especial los desgraciados...

Cuando nos ocupamos de los jóvenes, no es porque sean desgraciados, sino porque son el porvenir y queremos orientarlos para que el porvenir sea hermoso. Los ancianos no son el porvenir, no son los que construirán la sociedad del mañana. Y todo lo que hacemos por ellos tiene un cierto matiz de piedad.

Vivimos inmersos en una civilización de jóvenes en la que se teme la vejez y se evita cualquiera de sus representaciones. No obstante, el número de viejos no cesa de aumentar y la proporción de jóvenes sigue disminuyendo.

Todo está lleno de contradicciones: nos quejamos de que ha desaparecido el respeto al viejo y nunca se ha hecho tanto por hacerle feliz. Pero por otro lado se le separa de la vida por medio de sistemas diferentes, uno de los cuales es la jubilación.

Además, tampoco gusta hoy la palabra *viejo*, que parece deprimente. Se habla por ejemplo de «personas mayores» y en ciertos movimientos que se han organizado de cara a ellos se les denomina «tercera edad».

Incluso se habla de «septuagenarios» y de «octogenarios» con cierta compasión —incluso de «sexagenarios»—. Se les llama así en los periódicos para despertar la conmiseración... No se habla de «quincuagenarios» ni de «cuadragenarios». Y a pesar de ello los viejos de edad avanzada están satisfechos de ella. A partir de los ochenta se vanaglorian a menudo de su edad. Parece como si fuera una suerte... Los sexagenarios no se vanaglorian.

En otras civilizaciones mandan los viejos. Un consejo de ancianos gobernaba la tribu o la ciudad, y esto daba lugar a civilizaciones inmóviles, pues los ancianos representan la tradición, es decir, el pasado. Estamos en una civilización de cambio, nuestro mundo tiende a renovarse desde todos los puntos de vista; el viejo es el testigo del pasado: no es más que esto y por eso dicen que no interesa a los hombres de este tiempo.

¿Pero es cierto que los ancianos tenían antaño una situación privilegiada? Me viene a la memoria aquella historia del cocotero al que se obligaba a subir a los más viejos y luego se sacudía el árbol para ver quiénes eran capaces de sostenerse en él. Si caían, se les eliminaba...

Y había pueblos nómadas que mataban a los viejos que ya no eran capaces de seguir a la tribu... Todo esto no impedía que los viejos que aún tenían fuerzas gozasen de gran autoridad.

¿Y en nuestros días? Cuando vemos el papel tan importante que juegan en política los septuagenarios y octogenarios, ¿no es una ironía decir que estamos en una civilización de jóvenes?

Pero ¿qué es un viejo? ¿Implica este término que la vida se ha acabado?, ¿será por esto por lo que se reacciona contra esta palabra?, ¿por qué cuando se habla de un septuagenario, de un octogenario, nos viene a la mente el calificativo de «pobre»? Un pobre septuagenario, un pobre octogenario...

Con frecuencia se dice que uno tiene la edad de sus arterias. Al fin y al cabo tal cosa no es más que trasponer al lenguaje moderno el sistema del cocotero.

Sería viejo, entonces, aquel cuya vida está acabada. Pero no es exacto que lo esté del todo, pues cuando llega el fin se dice que ha muerto. Sin embargo el viejo ya no será capaz de ejercer una actividad social y muchas veces tampoco de gobernar su vida. Esto es lo que simboliza el retiro: una muerte anticipada. Jubilar a una persona es decirle: «Está usted socialmente muerto, no nos sirve usted más; le daremos medios para que viva sin hacer nada». Uno comprende que los jubilados aún válidos tengan la impresión de que han llegado a la decadencia.

Cuando hablamos de «viejos» en bloque como de una categoría pensamos en aquellos que ya no son capaces de ninguna actividad. Algunos mayores siguen activos y todo el mundo les admira; se habla de ellos y se les cita porque parece extraordinario que a su edad... Sin embargo es raro que ejerzan una actividad nueva, general-

mente continúan la que tuvieron antes. Siguen; se dice que *resisten*. No se cambia de oficio a los setenta u ochenta años.

Los que lo hacen son muy raras excepciones. Juan XXIII, que llegó a papa a los 77 años, cambió en cierta manera de oficio, pero era más bien dar un paso adelante en la línea en que ya estaba. Podríamos citar ejemplos parecidos entre los jefes de Estado. No sé si podríamos encontrarlos en otras profesiones.

¿No hay demasiados viejos? Cuando se pretende demostrar que los viejos antes eran más respetados, ¿no sería acaso porque había muchos menos?

Hoy son legión, y a causa de su cantidad se ha planteado un problema social. Las pensiones de vejez son actualmente una carga para la colectividad y los asilos para ancianos están repletos.

Estos son los problemas sociales. Pero ¿no es más importante el problema moral? Pues al viejo se le plantea un problema moral que es, para él como para todos, el de orientar su vida.

Orientar la vida es dirigirla hacia una meta y saber lo que hay que hacer y por qué hay que hacerlo. Si hoy tantos ancianos son como despojos, ¿no será porque no ven claro qué función desempeñar en la vida? No ven qué deben hacer; no tienen, pues, un objetivo. Tal actitud es negativa, y lo negativo es deprimente. Lo vimos durante la guerra: cuando un ejército se replegaba y no veía la finalidad de aquel retroceso, bajaba su moral.

¿No habrá algo que hacer, siempre, mientras se vive? Hemos de buscarlo y vamos a buscarlo. Hay que encontrar el lugar que debe ocupar el viejo.

Podemos fijarnos en la proclama de la Convención de 1792, que llamaba a los franceses a las armas: estaba dirigida a todos: «Los viejos se harán llevar a la plaza

pública para dar valor a los combatientes». Por tanto, todos tenían algo que hacer, hasta los más viejos, y eso que se trataba de una actividad específicamente reservada a los jóvenes; mas se contaba incluso con los viejos enfermos, puesto que hablaban de llevarlos a la plaza pública. Si ellos pueden hacer algo hasta en la guerra, ¿por qué no van a poder participar en la construcción de la paz y, dentro del espíritu cristiano, en la vida de Cristo sobre la tierra?

ÍNDICE

Viejo	9
La cumbre	14
La libertad del viejo	17
Después	20
Aceptarse	24
La oración del viejo	28
Los peligros de la vejez	29
Cuidarse	35
La edad del más bello amor	39
La dulzura del viejo	44
La conversión del viejo	49
El temblor que precede a la aurora	54
La esperanza	55
La última gracia	63
Las etapas de la vida	65
Esposos ancianos	73
Las abuelas	76
El viejo y los niños	79
Ante la vida	83
Hacia la luz	84
El tiempo es corto	97
Un testimonio	98
El trabajo del viejo	99
Prever	108

Estad preparados	113
La muerte de la abuela	115
Llegar al fin	119
Este querido presente	125